

## **CAPÍTULO 4**

# **LAS DINÁMICAS INSTRUMENTALES DE LA ACCIÓN NOVIOLENTA**

Para entender el funcionamiento de las dinámicas instrumentales que se ponen en marcha con la acción noviolenta vamos a hacer un repaso de los estudios que se han hecho sobre la coerción noviolenta, como mecanismo que las aglutina. No obstante, es fundamental no perder la pista de que la racionalidad instrumental cuando se utilizan como forma de coerción, es decir, cómo forma de establecer una dominación estable en el tiempo, o de luchar contra ella, se interpreta por las partes desde una racionalidad de tipo compensatorio. Desde esta dimensión se interpreta la acción instrumental como un indicador de la capacidad de fuerza o presión que un actor político puede ejercer, tanto para la violencia como para la noviolencia, para que exista una amenaza siempre presente de que esa fuerza se va a emplear si no se accede a sus demandas. Esta interpretación de la fuerza como compensación en la negociación la estudiaremos más concretamente en el capítulo sexto, pero es importante tener en cuenta que existe porque esa es una de las diferencias de la propuesta de esta investigación con la teoría de la coerción noviolenta de Gene Sharp, que aunque admite la acomodación como mecanismo compensatorio, tiende a dar prioridad a los aspectos meramente instrumentales. No obstante, estos, por muy disruptivos que sean, no pueden interpretarse como coerción sin tener en cuenta la racionalidad compensatoria ya que sólo coaccionarían realmente si logran el éxito final.

Desde nuestro punto de vista, las acciones instrumentales que paralizan el sistema social del oponente tienen valor por sí mismas porque desde una racionalidad compensatoria se interpretan como indicador del poder de negociación, como una forma de empoderarse. Además, esta será acompañada de una lucha en el plano simbólico que se interpretará como una lucha por la legitimidad desde la racionalidad compensatoria. No se pueden por tanto separar las racionalidades instrumental de la comunicativa para establecer mecanismos de cambio independientes entre sí, la racionalidad compensatoria las une y hace que los casos de éxito de un movimiento por uso exclusivo de racionalidades instrumentales, como defiende Sharp, o comunicativas, como defiende Gandhi, sean meras entelequias analíticas. No es sencillamente que sólo exista realmente el mecanismo de la acomodación, en términos de Sharp, sino que tanto la coerción noviolenta como la conversión (o mejor, la persuasión noviolenta), se pueden interpretar desde una racionalidad compensatoria como recursos de una negociación, es decir, factores que influyen en la acomodación, lo cual tiene importantes consecuencias estratégicas.

De esta manera, un primer acercamiento intuitivo al concepto de coerción nos puede llevar a la idea falsa de que esta implica necesariamente el empleo de la violencia, aunque un examen un poco más entretenido nos proporcionaría numerosos ejemplos de casos en los que se coacciona sin empleo de la violencia. Esto es así porque el concepto de coerción tiene que ver, en realidad, con la idea de quiebra de la voluntad, es decir, hacer que alguien haga algo en contra de su voluntad, de forma que uno de los medios empleados puede ser la violencia; pero no necesariamente, puesto que existen otros medios para ejercer presión, uno de ellos será aplicando técnicas de acción noviolenta. Acudamos a los diccionarios para ver la significación exacta del concepto coerción:

Según el diccionario de la RAE “coerción” es aquella “presión ejercida sobre alguien para forzar su voluntad y su

conducta”, de forma que queda claro que esta “presión” puede efectuarse mediante fuerza física o moral. De igual modo, en el diccionario sociológico la coerción se equipara con la coacción, siendo ésta definida como “fuerza o violencia que se ejerce sobre alguien para obligarlo a actuar de una manera determinada. En sentido más amplio, coacción es toda presión de origen social, vaya o no acompañada de violencia.”<sup>1</sup>. Al compararse por tanto la coerción con la violencia o la mera fuerza se obtienen los matices que las distinguen quedando claro que mientras violencia es un concepto sociológico que se centra en el daño<sup>2</sup> (a veces intencionado) y la fuerza se centra en el proceso físico, relativo a la realización de presión (moral o física) independientemente de la intención o el resultado, mientras que la coerción se centra más en la quiebra y sometimiento de la voluntad. Parece claro entonces que puede haber violencia sin coerción, y coerción que sea ejercida por medios que no sean violentos.

Por otro lado, mientras que la violencia depende sólo de la decisión del actor violento, para el sometimiento de la voluntad también influye la participación de la persona a la que se trata a someter, y de los recursos de que disponga para someterse a ella. Evitaremos posiciones voluntaristas como las de algunas teorías de la no violencia que tratan de considerar que solamente se necesita de la voluntad de resistirse a la subordinación (Sharp, 1973, Vinthagen, 2015, pág. 193) ya que, tal y como hemos visto en nuestra epistemología, esta se puede interpretar como un proceso compensatorio en el que los actores en conflicto se dotan de recursos para compensar o ser compensados por la otra parte. No

---

<sup>1</sup>Ramón Ramos en la voz “Coacción”, equiparada con la de “coerción” en Salvador Giner, Emilio Lamo de Espinosa, y Cristóbal Torres (Eds) *“Diccionario de Sociología”*. Alianza Editorial Pág. 118.

<sup>2</sup>Véase la voz “Violencia” escrita por Fernando Reinares en Salvador Giner, Emilio Lamo de Espinosa, y Cristóbal Torres (Eds) *“Diccionario de Sociología”*. Alianza Editorial Pág. 821.

se trata por tanto de querer o no querer, sino de que hay mecanismos y barreras que nos impiden u obligan a elegir.

Asimismo, la violencia, o más bien, la amenaza de violencia, se suele utilizar en la mayoría de sistemas sociales como coerción tan sólo como último recurso contra aquellos que no se han sometido utilizando estas formas de dominación sutil basadas tanto en la compensación como en la legitimación social de la distribución de poder. Al mismo tiempo la violencia directa se relega a momentos de crisis como son las guerras en los que las circunstancias del conflicto (amenaza de otra violencia como reacción) anulan los anteriores límites a su uso legítimo. Tal y como ha señalado Foucault, se ha ido sustituyendo los procesos de violencia directa de los procesos coercitivos por procesos de disciplinamiento de los procesos comunicativos (Foucault, 1975). Eso no significa que no haya coerción en las sociedades modernas, sino que ésta permanece latente como amenaza subyacente para aquellos que no se adapten a las formas de dominación sutil de carácter disciplinario, que, sin dramatismos y de forma naturalizada consigue la participación voluntaria en la subordinación, que se convierte en una conducta automática. Cabe distinguir por tanto entre sistemas políticos más propensos a usar la violencia, como son las dictaduras, y otros sistemas de representación electoral, a los que no vamos a denominar democracias, en los que la dominación se establece de forma sutil mediante la imposición de consensos sociales favorables a los intereses de las élites. Esto será fundamental a la hora de articular una teoría de la resistencia no violenta pues no serán las mismas herramientas las que tenga que usar contra una dictadura basada en la represión violenta que contra una república o monarquía constitucional en la que las grandes corporaciones controlan la información y la economía.

A la hora de dar el salto hacia el análisis de la coerción no violenta, como forma de dotarse de recursos negociadores desde el punto de vista instrumental, tenemos que tener en cuenta por tanto a la otra parte del binomio, la no violencia, y su origen como una teoría de la coerción sin violencia. Hemos de recordar aquí que

el concepto mismo de noviolencia fue desarrollado por Gandhi, quien desde 1907 había promovido campañas de desobediencia civil en Sudáfrica y ya en la India en 1922 había publicado un artículo con ese nombre *non-violence* (Gandhi, 1958, págs. 24-27) para adaptar el concepto religioso del *ahimsa* (literalmente noviolencia) al ámbito de su filosofía política. Si bien Gandhi para entonces ya había desarrollado por completo su teoría de la acción directa noviolenta, conocida como *satyagraha*, había tenido que paralizar las movilizaciones de 1920 y 1921 por que habían degenerado en violencia (Castañar, 2013, págs. 148-149). Necesitaba, por tanto, un concepto que explicitara con más contundencia la necesidad de eliminar la violencia en las manifestaciones. Una de las claves del éxito del término fue precisamente que expresaba mucho mejor que “no resistencia” o “resistencia pasiva” las posibilidades como técnica de acción política y que era más amplio que *satyagraha*.

#### **4.1 La coerción noviolenta según Case**

La unión de los dos conceptos (coerción y noviolencia) en el nuevo término, coerción noviolenta, surgió casi al mismo tiempo que la propia idea de noviolencia, ya que apenas un año después, en 1923, tenemos un tratado sobre el tema, como fue el del norteamericano Clarence Marsh Case titulado precisamente *Non-violent Coercion* (Case, 1923). Esto quiere decir que desde los primeros momentos de desarrollo del concepto de “noviolencia” se tuvo en cuenta las dimensiones coercitivas de la acción noviolenta, pues los conceptos equivalentes de “no resistencia” o “resistencia pasiva” que, en tratados anteriores, utilizaban autores como William Lloyd Garrison, Adin Ballou, no habían quedado claras (Castañar, 2013, págs. 70-74). Case justificaba con estas palabras la conexión entre coerción y noviolencia:

Tal y como se usa en este estudio, la coerción social se mantiene entre la coerción privada por un lado y la pública por otro, por ejemplo, coerción gubernamental o política. Es

## ■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

llamada social porque la aplicación de sus sanciones no comprende el uso de la fuerza ni la apelación a la autoridad política formal apoyada en la fuerza, pero comprende la manipulación de las relaciones sociales ordinarias de la vida diaria. Su trato en conexión con la resistencia pasiva está explicado por el hecho de que al considerar su esencia desde un punto de vista social, se puede constatar que consiste al final en el rechazo de los medios violentos, cosa que lleva a preguntarnos cuánto sea pertinente para la realización de los propósitos sociales e ideales por parte de aquellos que rechazan el uso de la violencia física. Esto lleva a un examen de la huelga, el boicot y la no cooperación, particularmente a un esfuerzo de entender su modo exacto de operar cuando se desconecta de los excesos de la violencia que demasiado a menudo la acompañan. Analizados de esta manera, estos métodos revelan el hecho de que su efectividad cuando tienen éxito, se debe realmente a la forma de presión colectiva que es más acertadamente denominada con el término de coerción no-violenta, o social. (Case, 1923, págs. 413-14, traducción del autor).

Hay que recordar, que ya desde mucho tiempo atrás había un debate en torno al uso de medios violentos o pacíficos, pero también sobre el uso de medios coercitivos o persuasivos. El centro de la discusión se establecía en torno a la legitimidad de la huelga como herramienta de transformación social, al ser esta el método más claramente coercitivo. Case resumía así la postura contraria a la misma de los pacifistas:

Los opositores a la huelga sacan a la palestra que esta está mal sencillamente porque es un método de coerción, no porque esté prohibido matar, como los primeros no-resistentes tanto en Oriente como en Occidente habían previsto, no porque no está permitido usar la fuerza física cruenta, de acuerdo con Ballou y sus colegas de la sociedad de paz a mediados del siglo XIX, sino por su “convicción de que la coacción no es camino de Dios ni el método que él desea que

los hombres usen, sino la persuasión”. Esto es lo que pone a los pacifistas en el primer lugar entre aquellos que toman hoy la postura antihuelgista. En realidad la objeción pacifista a la fuerza física está considerada como “doctrinaria” mientras que la maldad de los métodos coercitivos se acentúa y se declara al rechazo de toda forma de coerción como la esencia de la filosofía de la no-resistencia. (Case, 1923, pág. 297, traducción del autor).

Vemos por tanto que en esos tiempos el aspecto coercitivo era rechazado por los pacifistas partidarios de la no-resistencia al considerarlo como algo cercano a la violencia, mientras que, por el contrario, había sido ensalzado por autores de las corrientes noviolentas del movimiento obrero, como el antimilitarista holandés Domela Nieuwenhuis, el laborista escocés Keith Hardie o el anarquista norteamericano Benjamin Tucker (Castañar, 2013, págs. 61, 64, 130). Case procedía de la tradición cuáquera, que había apoyado estas luchas sociales más que ninguna otra secta cristiana y criticaba esa oposición a la coerción, que encabezaría el mismo Gandhi. Case justificaba con las siguientes palabras el error de vincular coerción a violencia:

Para muchas personas, quizás la mayoría, la palabra coerción tiene un ominoso y odioso sonido, y es especialmente cierto para aquellos que podrían sentir un especial interés en procedimiento noviolento que no fuera coerción. De hecho, hemos visto en páginas anteriores el argumento de aquellos que condenan la huelga por sí misma, no importa cuán justa o pacífica sea, por la simple razón de que es una forma de coerción. Más allá, incluso entre aquellos a los que no preocupa mucho distinguir entre una conducta pacífica y conciliatoria y, hay tendencia a pensar que toda coerción necesita necesariamente la aplicación de la fuerza física. Esta no es la interpretación correcta, incluso en el uso común reflejado en el diccionario. El diccionario Webster habla de coerción como la “aplicación a otra persona de una fuerza

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

*física o moral* para inducirla a hacer contra su voluntad algo que no habría hecho. (Case, 1923, pág. 403).

La actitud pasiva de estos pacifistas ya había sido cuestionada por Tolstoi, que legitimó la desobediencia al Estado como forma de acción política, principalmente mediante la objeción de conciencia, que él denominó insumisión (Tolstoi, 2009, págs. 197 y siguientes). Tolstoi al apostrofar la doctrina de la “no resistencia al mal” con la coletilla “con violencia”, estaba abriendo la posibilidad a otras formas de acción que, sin caer en las trampas de la violencia, permitieran la resistencia contra el Poder. Sería, por tanto, uno de los primeros en situarse entre las críticas a la coerción de los no resistentes como William Lloyd Garrison o Adin Ballou, y los excesos revolucionarios del movimiento obrero, hallando un camino intermedio, la desobediencia civil que planteaba Thoreau, autor al que cita a menudo (Thoreau, 1997).

El libro de Case, además de popularizar el término gandhiano de “no violencia”, fue uno de los primeros intentos que ha habido de estudiar los métodos de la acción no violenta desde una perspectiva científica, más concretamente de psicología social, mientras la mayoría de los tratados sobre el tema son obras más centradas en legitimar la acción no violenta que en estudiarla. Case, además de una revisión histórica de las actividades de sectas pacifistas como cuáqueros y menonitas (Case, 1923, págs. 46-146) hizo un estudio de las movilizaciones de los objetores de conciencia durante la Primera Guerra Mundial, en el que llega a la conclusión de que, en contra de la opinión generalizada, los practicantes de la resistencia pasiva (es decir, de la acción no violenta), no eran santos ascetas sino que eran personas totalmente normales, de diferentes bases sociales y profesiones y con los mismos defectos y virtudes que otros seres humanos (Case, 1923, págs. 251-284). También hacía un análisis de diferentes técnicas de acción no violenta en el que el análisis de la coerción cobraba especial relevancia, especialmente el boicot nacionalista, la no-cooperación y la desobediencia civil (Case, 1923, págs. 285-346) y además ofrecía una interesante explicación al fracaso de las movilizaciones de



Corea en marzo 1919 y al éxito de las mismas en China en mayo de ese mismo año, ambas contra el imperialismo japonés. La clave residía en que en Corea no se habían llevado a cabo estrategias para la coerción noviolenta, mientras que en China el boicot y la no-colaboración con los japoneses había ejercido presión sobre ellos (Case, 1923, págs. 294). En su análisis de la acción política, Case partía de la distinción entre tres formas diferentes de resistencia, como eran la persuasión, la coerción noviolenta y la violencia:

Obviamente, hay dos o tres posibles tipos de respuesta a las actividades de otras personas cuando ellas afectan a nuestros propios intereses. Aparte de esas en las que uno coopera activamente, o mantiene una actitud de indiferente neutralidad, surgen incontables situaciones en las que hay que elegir entre la sumisión y la resistencia. La última es el tipo de conducta que nos concierne aquí, y a su vez presenta dos aspectos. El primero es el caso donde el sujeto resiste o repele las agresiones de otros, el segundo es cuando trata de modificar la conducta de otros con el propósito de promover sus propios ideales. Mientras que usualmente esto tiende a confundirse con alguna forma de coerción, no es necesariamente el caso, ya que para uno que resiste o busca activamente controlar la conducta de otros hay tres, y si nuestro análisis es correcto, sólo tres, procedimientos: Están la persuasión, la coerción noviolenta y la violencia. (Case, 1923, pág. 397).”

Al distinguir entre persuasión y coerción noviolenta, Case llamaba la atención sobre una segunda dimensión de la acción noviolenta hasta entonces minusvalorada. Así pues, consideraba que existía una dimensión comunicativa que se orientaba hacia la persuasión y consideraba dos formas diferentes en la misma, ya fuera de forma racional a través de los argumentos esgrimidos por los activistas o irracional al producir simpatía la voluntad de aceptar el sufrimiento de la represión sin recurrir a la violencia. Pero, por otro lado, al llamar la atención sobre otra forma de acción

noviolenta, la coerción noviolenta, estaba fijándose en los aspectos instrumentales de la acción. De este modo llegaba a la conclusión de que la coerción noviolenta se basa en el cese de cooperación necesaria para el funcionamiento normal de las relaciones sociales.

Las formas de la coerción noviolenta descritas en los últimos capítulos de este libro constituyen el más puro y típico ejemplo de acción indirecta en el campo de la conducta social. Estas son la huelga, el boicot y la no-cooperación, siendo esta última una extensión de los dos precedentes a relaciones no económicas. Un principio subyace bajo todas estas manifestaciones, y es el reconocimiento estratégico la importancia fundamental e indispensable de la cooperación en cada forma y fase de la vida en sociedad. Más vital incluso que esto es el reconocimiento de que esta cooperación es necesaria de forma más o menos voluntaria en cada situación y proceso social, sin excluir las formas más burdas de explotación, opresión y tiranía, las víctimas siempre llevan sus propias cadenas, incluso ellos mismos ayudan a forjarlas. (...)

Era, por consiguiente, una forma de acción instrumental cuya presión funcionaba independientemente de las variables comunicativas (la racional y la irracional). Case lo expresaba de la siguiente manera:

En todos estos casos el procedimiento consiste en el acuerdo de retirar contactos sociales o relaciones que están en el control de los agentes sociales. La huelga, como todo el mundo sabe, corta las relaciones entre patrón y trabajador, mientras que el boicot suspende el contacto entre comprador y vendedor. En todas estas situaciones a los sujetos contra los cuales la presión está siendo dirigida se le presentan un par de alternativas reales cuando la huelga o el boicot están correctamente concebidos y son llevados a cabo en el momento preciso. Para ir a un caso concreto, al patrón se le da la opción entre acceder a las demandas de los trabajadores o sufrir la interrupción de sus operaciones productivas llevadas

a cabo mediante la retirada de su fuerza de trabajo. Ninguna de esas alternativas proviene de sus deseos o sus decisiones, sino que ha sido empujado a la obligación de elegir entre ambas. En el ejemplo se asume que ningún acto o amenaza de fuerza física o violencia se usa contra él, por un lado, ni es persuadido por la bondad de las alternativas, por el otro. Él está absolutamente en contra de acceder a las demandas de los trabajadores, pero frente a la interrupción de sus operaciones productivas se contempla como un mal menor. Elija la alternativa que elija no está convencido, ni por el asentimiento de su juicio a hechos y razones dados por argumentos o por un cambio de su estado emocional, de su actitud o sentimiento, mediante la contemplación del sufrimiento pasivo soportado. Él ha sido coaccionado, no violentamente coaccionado es verdad, pero a pesar de ello coaccionado. (Case, 1923, págs. 401-02).

En el caso que pone de ejemplo se puede observar claramente como una situación se puede interpretar de forma diferente dependiendo de la forma de racionalidad con la que la mires. Lo que Case describe como un proceso de coerción se puede interpretar también como un proceso de negociación, dimensión racional que Case no tenía en cuenta al no haberse desarrollado una teoría de la misma en esa fecha.

No obstante, la experiencia nos dice que las huelgas acaban negociando las condiciones de la desmovilización a cambio de las demandas planteadas por lo que surge una paradoja a la hora de cómo interpretar los procesos en los cuales se fuerza una negociación, pues parece que hay tanto coerción como acomodación simultáneamente. El caso es que, normalmente, en las huelgas (indefinidas) pueden acabar cediendo unos u otros partes de sus posiciones iniciales, sin que se llegue a hacer efectiva la coerción de forma absoluta (obligar a aceptar todas las demandas) o el fracaso total en la consecución de las demandas exigidas. En este caso no se puede interpretar como una acción sólo

de poder coercitivo y se debe atender a la dinámica de poder compensatorio que la interpreta la coerción como un recurso que favorece la negociación al exigir una compensación para que se abandone.

El ejemplo sirve para llamar la atención sobre el hecho de que la coerción no violenta hace en realidad referencia no a una situación final en la que ha producido el éxito por un proceso de coerción, sino a un tipo de dinámica que influye en el mismo. Esa será una de las particularidades del modelo de estudio de la acción no violenta que vamos a proponer en este trabajo: entender la coerción no violenta no como el resultado de la acción política, sino como una fuerza en una dirección (el sometimiento o la liberación), un recurso que se empleará como base para negociar pero que difícilmente llegará a darse en solitario sin que influyan otros procesos. En esto seguimos a Barbara Deming y su doctrina de las dos manos, la que empuja y la que abraza, la que coacciona y la que persuade (Deming, 1970). Esto es así porque entendemos el poder como una relación en la que se negocia constantemente la cooperación, es decir, como un proceso de subordinación participativa en el cual la coerción es sólo un recurso más. No obstante, el valor de la aportación de Case fue el de reconocer la existencia de coerción en la acción no violenta en un momento en que se negaba sistemáticamente, lo cual permitió avanzar hacia una teoría de la compulsión, en un esfuerzo por reconocer la coerción desde un paradigma contrario a toda forma de coacción.

#### **4.2 El debate coerción y compulsión**

A pesar de lo certero del análisis de Case, los autores sobre teoría de la no violencia posteriores no tendrían en cuenta sus presupuestos al estar muy influenciados por la teoría y práctica de Gandhi en el subcontinente indio. La idea de la no violencia fue recogida principalmente por pacifistas, que como hemos visto más arriba, tenían sus propias ideas sobre la coerción y preferían entender la no violencia como un proceso de persuasión. (Castañar, 2013, págs. 141-144). Sin embargo, el pensamiento de Gandhi al

respecto de la coerción noviolenta fue siempre un tanto ambiguo, y trató siempre de evitar el concepto de “coerción noviolenta” ya que prefería hablar con los eufemismos de “compulsión” (“*compulsion*” en inglés, con un matiz algo diferente en nuestro idioma) o “cambio irresistible” cuando se refería al tema, ya que su doctrina teórica se fijaba más en los procesos de persuasión del oponente, lo que él denominaba “conversión mediante el sufrimiento” y que desarrollaremos más en capítulo siguiente.

Tal y como ha resumido David Cortright, para Gandhi, la acción política debía establecerse en tres etapas de actividad, que denominaba de persuasión, sacrificio y no-cooperación (Cortright, 2008). La primera etapa sería en la que se plantearían las demandas mediante argumentos racionales (lo que Case denominaría persuasión racional); en la segunda la persuasión se trataría de convencer mediante argumentos irracionales tratando de llegar al oponente y a terceras partes mediante la voluntad de acatar el sufrimiento derivado de la acción noviolenta. En la tercera etapa se trataría directamente de coaccionar al oponente mediante acciones masivas de no-cooperación. Así pues, en realidad, la teoría de Gandhi y la de Case coincidían en los aspectos fundamentales, como era la existencia de tres formas diferentes de acción noviolenta, a saber, persuasión con argumentos racionales, persuasión con acción noviolenta no-coactiva (es decir, argumentos irracionales derivados de la muestra del sufrimiento), y coerción noviolenta. Pero Gandhi no estaba analizando la acción noviolenta tal y como se presentaba en el mundo, como hacía Case, sino proponiendo una nueva forma de acción política, el *satyagraha*, que se basaba en el uso de la acción noviolenta con propósitos persuasivos, no coercitivos, y camuflaba la coerción presente en su metodología política porque era contraria a sus principios filosóficos, pero entendiéndola como la tercera fase de su propuesta.

A pesar de ello, la versión que llegaría a Occidente de las doctrinas de Gandhi no serían las del propio Gandhi, sino la reelaboración que de su pensamiento hicieron los movimientos

pacifistas, que eran los más interesados en la acción no violenta pero que tenían su propio posicionamiento en torno a la coerción. La más importante fue la que hiciera Richard Gregg en 1935 en el clásico “*The Power on Nonviolence*”, (El Poder de la No Violencia), libro en el cual se centraba en explicar los procesos de persuasión no violenta, dejando por completo de lado el papel de la coerción (Gregg, 1935). El libro de Gregg sería una influencia fundamental en los movimientos pacifistas de varias décadas, como el PPU de Inglaterra o FOR en Estados Unidos y Europa (Castañar, 2013, págs. 191-196).

Dos años después Bart de Ligt publicaría en holandés, y luego en inglés, “*The conquest of violence*”, un libro en el que defendía la acción no violenta desde un punto de vista anarquista. Esta obra sería el contrapunto a la de Gregg porque, en cuanto conectaba con la tradición antimilitarista de acción coercitiva del movimiento obrero, sirvió de influencia para un sector más radical del pacifismo, con su axioma de “a mayor violencia menos revolución” (De Ligt, 1937, pág. 162). Sin embargo, no hacía un análisis del funcionamiento de la coerción, tal vez por considerar útil el de Case, y se centraba más en criticar la inoperatividad del pacifismo burgués, la ineficacia de la acción violenta como forma de revolución y en ensalzar la eficacia de la no violenta (De Ligt, 1937). Así pues, el pacifismo de la Internacional de Resistentes a la Guerra, IRG, en la que militaba Bart de Ligt, no recogió un postura clara en torno a la coerción y la persuasión y tuvo que esperar a un cambio generacional en los albores de la Segunda Guerra Mundial para que se rebatiera la interpretación que de Gandhi se hacía desde los grupos pacifistas (Castañar, 2013).

En 1939 Krishnalal Shridharani, un joven indio que había participado en la Marcha de la Sal con Gandhi y que al emigrar a los Estados Unidos se había encontrado con una interpretación del mismo que pasaba por alto sus aspectos más revolucionarios, los relativos a la fase coercitiva, publicó “*War Whitout violence*”, la guerra sin violencia (Shridharani, 1939). Shridharani al igual que Gandhi, hablaba de *satyagraha*, es decir, de un tipo específico de

acción directa noviolenta en la que existen unas fases primeras de persuasión y se recurre a la coerción cuando esta falla. Sin embargo, Shridharani, aunque se basaba en Gandhi, realizaba su propia interpretación del proceso basándose en su experiencia en el movimiento noviolento indio. Para él una campaña de *satyagraha* tenía que tener las siguientes fases: 1) negociación y arbitraje, 2) agitación, 3) manifestaciones y ultimátum 4) autopurificación, 5) acciones de masas en varios frentes (huelga, piquetes, sentadas, boicot económico, no pagar impuestos, emigración, ostracismo y desobediencia civil) 6) *satyagraha* asertivo (instituciones alternativas) y 7) gobierno paralelo (Shridharani, 1939, págs. 27-62). Se trata de una expansión de la teoría gandhiana y tal y como se puede comprobar existían unas primeras fases de mayor importancia de la persuasión, otra de autopurificación antes de lanzarse a las acciones de coerción, que serían rematadas con la creación de instituciones alternativas y un gobierno paralelo. Con estas fases quedaba claro que aceptaba el modelo gandhiano de tres fases en la acción noviolenta (persuasión, purificación y coerción), pero corregía a Gandhi criticándole la negativa de éste a incluir la coerción en su sistema filosófico con las siguientes palabras:

El punto crucial aquí es la cuestión de si *Satyagraha*, como la guerra, es también una fuerza coercitiva. Gandhi mismo repetidamente ha rechazado ver un elemento de coerción en la acción directa noviolenta. A la luz de los eventos en India durante los veinte años pasados así como de ciertas actividades del propio Gandhi, no obstante, se hace claro que *Satyagraha* contienen el elemento de coerción, aunque en alguna forma modificada. La palabra coerción tiene muchas connotaciones, y hay en ella algo de castigo. La fase de autopurificación y autosufrimiento de *Satyagraha* por otro lado, no permite el castigo como parte del poder de la acción directa noviolenta. El *Satyagraha*, como Gandhi lo definió: “conociendo que el remedio descansa en sí mismo, cesa el espíritu de venganza y aprende a estar satisfecho con una

reparación del daño que se busca remediar”. Se observa aquí el rechazo de Gandhi a reconocer el elemento de coerción como una parte de su ideología de la noviolencia. Es erróneo no obstante describir Satyagraha como una forma de coerción no violenta como el señor C. M. Case ha hecho en el libro de igual título. Pero es igualmente erróneo por otro lado considerar el Satyagraha como un simple proceso de conversión como Gandhi y algunos de sus seguidores harían. Hay un elemento en ello de lo que, por buscar un término mejor, llamaríamos compulsión, no coerción, en cuanto ésta última conlleva venganza y castigo.

No obstante si no hay espíritu de castigo o venganza, la compulsión no llega a ser coerción, pues esta se anula realizando lo que Gandhi llama “un cambio de corazón” y la consecuente “reparación del daño”. Como resultado, el oponente no es derrotado pero la victoria llega a los dos lados. El Satyagraha, por lo tanto, no implica entrar en el círculo vicioso de la derrota y la venganza, y zanja la cuestión de una vez para siempre mediante un acuerdo amigable.

A pesar de todo, está bien recordar que hay un elemento de coacción en el *Satyagraha* como ha sido empleado en India. Desde un estudio cuidadoso y desde la experiencia personal, parece que el *Satyagraha* no será un sustituto de la guerra de forma satisfactoria si no tiene ese elemento de compulsión. El ajuste de la línea de separación entre la coacción del Satyagraha y la coerción empleada en la guerra, entre acción directa no violenta y violencia, permanecerá siempre como una cuestión sujeta a discusión a no ser que la distinción se haga sobre la base de lo físico y lo no físico. La compulsión en este sentido especial, debe excluir y excluye daños al ser físico del oponente. También debe dejar y deja sanas y salvas las condiciones necesarias para la satisfacción de las necesidades primarias del oponente. Esta distinción es, sin duda, cruda, como toda distinción que no es meramente teórica pero que tienen una influencia en la



conducta de millones de hombres debe ser (Shridharani, 1937, págs.. 249-251, traducción del autor).

Hay que decir, no obstante, que Shridharani no hablaba exactamente del mismo fenómeno que Case. Mientras que el poeta indio se refería a la acción no violenta encuadrada dentro de una campaña de *Satyagraha* en la que se eliminaban los aspectos coercitivos y agresivos de la misma, Case hablaba de coerción no violenta atendiendo, sobre todo, a procesos de boicot, huelga y no-colaboración de diferentes partes del mundo, incluida la campaña de Gandhi de No-colaboración de 1920, pero no la de desobediencia civil de 1930 (al estar su texto escrito en 1923). De este modo Shridharani (al igual que Gandhi) se fijaba más en el “debe ser” al proponer una forma de acción no violenta particular (el *Satyagraha*), Case atendía más al “ser”, gracias a su estudio de boicots masivos como los de Corea o China en 1919 (Case, 1923).

Estos matices de Shridharani harían que la coerción no violenta fuese aceptada y adoptada por una nueva generación de activistas pacifistas que buscaban adaptar el *Satyagraha* gandhiano al contexto occidental, y que, como veremos más adelante, concibieron a la no violencia como un proceso de acomodación en el que tenían cabida tanto procesos de coerción no violenta como de persuasión no violenta (Castañar, 2013, pág. 230). Se trata por tanto de una aportación fundamental desde la teoría que tuvo una influencia fundamenta en los jóvenes objetores de conciencia a la II Guerra Mundial, que fueron los que desarrollaron posteriormente el movimiento de derechos civiles en Estados Unidos, y las campañas antinucleares, tanto en Europa como Estados Unidos y contra la guerra de Vietnam en este último país (Tracy, 1996).

Entre los teóricos actuales, Kurt Schock ha señalado que la efectividad de la no violencia, en su variable coercitiva, viene de su capacidad de disrupción, de paralización del sistema, característica que comparte con la violencia (Schock, 2008, pág. 111). De esta manera cabe considerar que las dinámicas instrumentales de la

acción noviolenta son igual de potentes que las dinámicas instrumentales de la acción violenta, ya que ambas se basan en la disrupción del sistema. En este sentido, la gran ventaja de la acción noviolenta sobre la acción violenta es que las dinámicas comunicativas son totalmente diferentes en cuanto cambia totalmente la valoración que se hace de la acción tanto por el oponente y quienes le apoyan como por terceras partes que participan en el juego de alianzas cuyo trastoque puede influir definitivamente en el desenlace favorable del conflicto.

Vemos, por tanto, que los límites entre la coerción y la acomodación se hacen confusos, porque en un caso de acomodación en el que se fuerza a negociar al oponente no se tiene claro cuál es el papel de su voluntad. Se da la paradoja de que, si se fuerza al oponente a algo, sería un caso de coerción, pero, si está negociando lo es de acomodación. En esta coyuntura nos será muy útil el poder interpretar la acomodación como una negociación en la que hay algo de coerción y algo de persuasión. La hipótesis que vamos a mantener en este estudio es que las dinámicas compensatorias combinan la influencia de las dinámicas comunicativas con las instrumentales, y que los casos puros de coerción noviolenta y persuasión noviolenta van a ser raros, más bien tipos ideales. Así pues la coerción noviolenta en estado puro será el caso extremo descrito por Sharp como desintegración, y, a pesar de que lo ha considerado un cuarto mecanismo de cambio, lo entiende igualmente como un caso extremo de coerción noviolenta (Sharp, 2004, págs. 418-421). En el apartado correspondiente veremos cómo los procesos de persuasión pura serían los de conversión, en los que el oponente cambia su punto de vista sobre el asunto en litigio y no hacen falta, por consiguiente, una negociación que ponga en marcha dinámicas compensatorias.

### **4.3 La coerción noviolenta según Sharp**

Con respecto a la coerción noviolenta, Gene Sharp señaló dos diferentes dimensiones de la misma. Una sería, en sentido positivo, como capacidad para actuar con el fin de hacer cumplir los

propios deseos en la acción de terceras personas y otra, en sentido negativo, como la capacidad de bloquear los deseos del oponente a pesar de sus esfuerzos por imponerlos (Sharp, 1973, pág. 742). Dicho en términos de estrategia militar, hay un tipo de coerción de carácter defensivo y otro ofensivo. Esto es importante para una teoría de la coerción noviolenta, pues dado que, desde la perspectiva de transformación social con coherencia de fines y medios, podría parecer contradictorio emplear la coerción, aunque fuera noviolenta, para imponer los propios deseos. De este modo, para mantenerse dentro del campo de lo que se considera legítimo, la acción noviolenta se ha propuesto habitualmente, desde los teóricos de la revolución noviolenta, como un medio de bloquear la coerción del oponente, es decir, como instrumento defensivo principalmente. Esto enlaza totalmente con el concepto gandhiano de *Satya* (Verdad) que hacía explícita esa intención coherente de no presentarse como dueño de la verdad absoluta y buscar formas de acción que no desencadenaran una nueva injusticia ante el hecho evidente de que la verdad es un concepto relativo.

Sin embargo, sería una total equivocación plantear que la coerción para ser realmente noviolenta debe de ser defensiva, es decir, encaminada solo a anular el poder del oponente, ya que el carácter defensivo u ofensivo de la acción política se establece por los movimientos conforme a parámetros puramente estratégicos, no por criterios morales. Además no sería justo decir que ejercer coerción noviolenta ofensiva sea comparable a una acción violenta porque trate de imponer los propios deseos, ya que no se pueden comparar los efectos a nivel instrumental (daño) como simbólico (amenaza) con los de una acción armada o de violencia incruenta ya que si se ha mantenido una campaña de acción noviolenta significa que se ha mantenido un respeto por la humanidad del oponente, aunque se le haya coaccionado o tratado de coaccionar, respeto que, a todas luces, se pierde en una campaña violenta.

Por otro lado, Sharp realizó un estudio de los principios que operan en los procesos de coerción noviolenta basándose en un

análisis del poder bidimensional. Para este autor “la capacidad de las técnicas no violentas para cortar las fuentes del poder es lo que las da el poder de coerción” (Sharp, 1973, pág. 745). Será, por tanto, esencial la discusión epistemológica sobre cuáles son las fuentes sociales del poder y que, según Sharp, eran la autoridad, los recursos humanos, las habilidades y conocimiento, factores intangibles, recursos materiales y sanciones (Sharp, 1973, págs. 11-12). De esta manera Gene Sharp elaboró la teoría de la acción no violenta como una técnica de acción política que emana precisamente de la negación del consentimiento, idea que recogía directamente de Boétie, Tolstoi y Gandhi (Sharp, 1973, págs 8-62). La teoría del poder de Sharp se basa, por tanto, en una división entre gobernantes y gobernados, en la que el poder de los gobernantes deriva del consentimiento de los gobernados. Para Sharp, la acción no violenta consiste en el proceso de retirar el consentimiento que se da a los gobernantes, de forma que ya sea por conversión a sus ideas, negociación (acomodación) o coerción no violenta, el oponente se ve obligado a aceptar las demandas de los activistas o, incluso, puede llegar a ser privados del ejercicio del poder.

La acción no violenta afecta, según Sharp, a la autoridad del oponente al generar un posible traspaso de lealtad hacia otras autoridades paralelas (no tiene que ser necesariamente un gobierno alternativo, sino que puede ser una ideología, un sistema religioso o unos valores éticos) (Sharp, 1973). Por otro lado la expansión de la resistencia no violenta a gran escala puede generar la retirada de la obediencia no sólo de los que se han movilizado, sino también de los grupos que normalmente apoyan, y acabar, por tanto, con los recursos humanos del oponente (Sharp, 1973). Además, el rechazo a colaborar con el régimen por parte de sujetos clave puede impedir desarrollar políticas apropiadas para el oponente, privándole de la supremacía que le da el disponer de las habilidades y conocimientos de esos sujetos (Sharp, 1973). Igualmente, la extensión de la no violencia puede acabar con hábitos de obediencia ciega y desarrollar una conciencia sobre la elección de obedecer o no, cambiando, por tanto, perspectivas y creencias políticas, mostrando,

por ejemplo, que la violencia del oponente es omnipotente y que puede ser vencida con estrategias no violentas. Por supuesto, la acción no violenta puede bloquear, además, los recursos materiales con los que cuenta el poder: medios de transporte, de comunicación, financieros, materias primas etc. Finalmente para Sharp, incluso la capacidad para imponer medidas represivas se puede contrarrestar mediante la acción no violenta fomentando la desobediencia de quienes las tienen que poner en marcha (Sharp, 1973). A pesar de describir procesos instrumentales, todas estas acciones sólo se pueden conseguir gracias al efecto de dinámicas comunicativas que el propio Sharp denomina como *jiu jitsu* político, un proceso basado en la racionalidad dramática derivado de cómo contemplan terceras partes a un actor pacífico enfrentándose a otro violento.

Pese a la importancia de esto, Sharp se centra más en los efectos instrumentales del desafío al Estado mediante la no colaboración, por lo que describe al poder con serie de estructuras organizadas jerárquicamente de forma piramidal que dependen de la colaboración para funcionar. Cuando responde a la pregunta de por qué la gente obedece, dice que “por hábito, miedo a sanciones, obligación moral, interés propio, identificación psicológica con el gobernante, indiferencia o ausencia de autoconfianza” (Sharp, 1973, págs. 16-24). Para él, todas estas formas de poder dependen de la obediencia y cooperación, pero las considera como algo individual y voluntarista, por lo que bastaría con la retirada voluntaria del consentimiento para desafiar al poder. Esto hizo que su teoría de la acción no violenta adoleciera de un aspecto fundamental que él ya da por supuesto, y es el proceso de formar un consenso social que lleve al movimiento no violento a poder plantear estrategias de no colaboración o intervención no violenta que cuenten con el número necesario de participantes como para poder plantear un desafío político. Por eso, cuando se habla de cohesión, de unidad, de participación masiva desde la teoría de la acción no violenta de Sharp, así como de otras que llevan implícita su misma teoría del poder y de la acción política, como la de Ackerman y Kruegler (Ackerman & Kruegler, 1994), se parte de situaciones en

las que ya existe ese consenso, como pueden ser la lucha contra una dictadura o contra una invasión militar u ocupación extranjera. Esta carencia no es banal, puesto que hace que no sea herramienta válida para muchos movimientos sociales que buscan la transformación social mediante métodos no violentos pero no cuentan con un consenso amplio en la sociedad y se han de orientar previamente a cohesionar apoyos sociales en torno a un paradigma alternativo al hegemónico.

Igualmente, sorprende mucho que posteriormente Sharp, cuando habla de mecanismos para conseguir el cambio (los ya mencionados conversión, coerción no violenta y acomodación), no haga una teoría coherente con su propia teoría del poder y que la acción no violenta, a la cual considera no una forma de poder en sí misma sino una forma de contrarrestar el poder existente, necesite de una tercera dimensión que recoja las dinámicas de intercambio surgidas mediante la acción política como implica, al fin y al cabo, la necesidad del mecanismo de acomodación (Sharp, 1973, págs.. 705-794). Llegamos de esta manera a los dos componentes principales de las críticas que se han hecho a la teoría del poder de Sharp, una desde una perspectiva estructuralista que niega la voluntariedad del sujeto y se centra en los procesos de normalización de la dominación, y otra, desde una perspectiva de la teoría de las organizaciones, que entiende el poder como una relación de intercambio desigual, en el que la asimetría configura la estructura de la dominación.

Dado que para el análisis de la coerción no violenta vamos a partir de los factores relativos al éxito de la misma señalados por Sharp, nos hemos de detener ahora en un análisis crítico de su teoría de la acción no violenta. Su análisis epistemológico del poder le ha llevado a considerar la acción no violenta como una forma de coacción cuando actúa cortando las fuentes de poder del oponente, lo cual es, en definitiva, el mismo planteamiento de Case o incluso Thoreau, que ya lo centraron en la no-cooperación. El problema de este análisis es que no tiene en cuenta otros mecanismos coercitivos ajenos a la no-cooperación, como pueden ser los

relativos a la intervención noviolenta, que también ejercen presión coercitiva de carácter instrumental, por ejemplo con acciones de obstruccionismo o interposición noviolenta.

#### 4.1.1 Las críticas a la teoría del poder de Sharp

Tal y como ha resumido el profesor Kurt Schock, si bien las aportaciones estructuralistas a la teoría del poder y del consenso se hicieron independientemente de la teoría de Sharp, que dicho sea de paso pasó bastante desapercibida en el ámbito académico, pronto empezaron a utilizarse para lanzar tres críticas fundamentales a sus planteamientos (Schock, 2008, págs 106-108). Algunas de estas críticas provenían de activistas comprometidos con la acción noviolenta desde un punto de vista ideológico a la hora de elaborar teorías de la acción noviolenta más acordes con los puntos de vista de los movimientos sociales de larga tradición noviolenta, como el pacifismo de Brian Martin o el ecologismo de Robert Burrowes (Martin 1989; Burrowes, 1996).

Primero, la cooperación y consentimiento, fundamentales en la teoría del poder de Sharp, no tendrían ese carácter individualista y voluntarista que él les achaca, sino que estarían mediados por estructuras sociales que se imponen colectivamente a los individuos (Burrowes 1996, pág. 90). Esta crítica estructuralista provendría de una interpretación no cultural de Gramsci, similar a las presentes en la teoría de las configuraciones de Norbert Elias o la de hábitos de Pierre Bourdieu que hemos visto en el capítulo segundo y que habla de individuos sometidos por procesos de control y dominación en los que intervienen la tradición, la ideología, la socialización, patrones de comportamiento etc. que limitan mucho la capacidad de elección del individuo (Schock, 2008, pág. 106) y lo llevan a un estado de indefensión aprendida que lo impide revelarse. Además, autores del campo de las teorías de la noviolencia, como Brian Martin y Wendy Varney, han añadido y sintetizado estas críticas alegando que, por un lado, en muchos sistemas sociales no existe esa distinción clara entre gobernantes y gobernados, y las personas tienen roles de

ambos en su vida diaria, cosa que se acentúa en los sistemas políticos en los que no existe una idea clara de donde están los verdaderos opresores (Martin y Varney, 2003, pág. 84). En cualquier caso, no habría que perder la pista en todo momento de que cada sociedad es única, y las relaciones de poder que se dan presentan una proporción de coerción y consenso determinada y, sobre, todo, que estas no son homogéneas, sino que se distribuyen de diferente manera en los estratos de población.

El descuido de estos aspectos hace que Sharp no tenga en cuenta el principal problema al que se enfrentan la mayoría de los movimientos no violentos, que es nada más y nada menos cómo movilizar a las masas para conseguir realizar una acción no violenta masiva. Sharp, por el contrario, por su concepción voluntarista del consentimiento, parte siempre de una situación en la que las masas ya están movilizadas ya que la justicia de su causa se impone al individuo, y no se preocupa mucho por ese aspecto, sino que se centra en problemas estratégicos posteriores. Shock ha señalado la utilidad de la teoría de marcos y de la estructura de oportunidades políticas como instrumentos analíticos capaces de superar estas limitaciones (Schock, 2008, pág. 107). Desde el punto de vista que vamos a defender en este trabajo, este problema se supera más acertadamente con la teoría de las identidades colectivas, que tienen en cuenta aspectos cognitivos previos de carácter irracional.

Otra versión de esta crítica a la teoría del poder de Sharp es la proveniente de una interpretación cultural de la hegemonía de Gramsci o de visiones estructurales basadas en procesos de normalización como los descritos por Foucault o Arendt , que hemos visto más arriba, los cuales llevan a la elaboración de consensos colectivos que promueven el sometimiento. Al no hablar de consentimiento sino de consenso y disciplina, necesitaremos de teorías sociológicas que nos permitan entender cómo se elaboran el discurso hegemónico y los discursos de disenso previos a la acción política, por lo que, en el capítulo relativo a la persuasión no violenta, nos serviremos de las teorías de Foucault y Bourdieu para completar el enfoque de la teoría de marcos. De este modo, Sharp puede



explicar acertadamente el funcionamiento de la acción noviolenta y su teoría encaja perfectamente en situaciones extremas tales como dictaduras, guerra o genocidio, pero no entra a analizar cómo se establece el consenso en torno al cual se otorga o se niega el consentimiento, aspecto en el que más se habían detenido a analizar autores del enfoque ideológico o del campo de la teoría sociológica. Vinthagen expresa esta crítica interpretando a Foucault con las siguientes ilustrativas palabras:

El poder tiene que ver con cómo las acciones, independientemente de las intenciones de los actores, pueden estructurar el espacio de otras acciones. De acuerdo con Foucault, el poder es un acto productivo de dominación. El individuo que actúa no controla la actividad, sino que es la actividad la que controla al individuo y forma su personalidad. Un conjunto de técnicas domina a aquellos que ponen en práctica esas técnicas, independientemente de si son “líderes” o “subordinados”. El individuo no ejerce el poder, sino que es el poder el que se expresa a través de los individuos. Foucault mantiene el punto de vista contrario a Sharp. El activista noviolento no puede permanecer fuera del poder, hacer la decisión de resistir, y en consecuencia actuar contra el poder. La resistencia existe como una posibilidad, por los filamentos del poder se han infiltrado el pensamiento, lenguaje, métodos y cultura de los y las activistas noviolentos. Para Sharp, la lucha por el poder se desenvuelve entre participantes, mientras que para Foucault, la lucha crea a los participantes. (Vinthagen, 2015, pag.176)

La tercera crítica hace referencia a que contrariamente lo que se expone en la teoría del poder de Sharp, el poder del gobernante no depende siempre de la cooperación y obediencia de los gobernados, o al menos no sólo de esto (Schock, 2008, pág 108). Para otros autores, este también puede depender de fuentes ajenas a la sociedad, como otros Estados extranjeros (neocolonialismo), capital internacional y otros factores

transnacionales (Burrowes, 1996, págs. 87-88). La conclusión a la que lleva considerar estos factores es que la no cooperación de los oprimidos puede ser requisito necesario para el éxito de la acción no violenta, pero no es condición suficiente ya que las élites cuentan con el apoyo de otras élites. Es decir, no basta con la no cooperación para lograr el éxito que dependerá también de la acción de terceras partes que bloqueen o nieguen esos apoyos y el actor no violento deberá desarrollar estrategias hacia esas otras fuentes de poder del oponente. Al respecto cabe señalar que Sharp realizó un análisis sobre los factores que inciden en el éxito o fracaso de la acción no violenta en el cual incluía variables relativas a los factores internos de los propios movimientos, pero también incluía factores externos, lo cual quiere decir que consideraba otras variables ajenas a los propios movimientos que inciden en las posibilidades de éxito del mismo. Estas serán tenidas en cuenta en este estudio, pero daremos primacía al enfoque de Burrowes para no menospreciar el papel de terceras partes no sólo como aliadas del actor no violento, sino como aliadas del oponente.

Desde un punto de vista social, resulta evidente que lo que Sharp tiene en mente son formas de derrocar dictaduras y sistemas opresivos que gozan de poca o ninguna legitimidad entre sus súbditos. Por el contrario, los movimientos sociales luchan contra relaciones sistémicas como el patriarcado, el militarismo o el capitalismo, y por cambios sociales más allá de los cambios políticos y, por tanto, no les es útil un planteamiento estratégico sólo político. Además, se tienen que enfrentar a procesos elitistas de formación de consensos políticos a consecuencia de su hegemonía en la producción simbólica, con lo que parten de una situación de normalización del problema político al que se enfrentan. . Es por eso que la tarea de estos movimientos tiene un gran componente de labores de contrainformación, de forma que la lucha por la definición de la realidad (obviada por Sharp) cobra especial importancia ante la desigual capacidad de producción de noticias y opiniones. De esta manera se puede considerar que la acción no violenta tal y como la plantea estratégicamente Sharp está orientada hacia un cambio meramente político que no tiene en cuenta el desafío a otros tipos

de instituciones sociales o relaciones sistémicas que busquen transformaciones más allá de la toma del poder y pero sí afectan a la hegemonía de las élites. Esta reflexión la recuperaremos más adelante, a la hora de analizar los problemas de un enfoque excesivamente centrado en el actor, al buscar la derrota del oponente, para justificar un enfoque más estructural más centrado cambios sociales.

Por otro lado, este excesivo enfoque político de Sharp le lleva a olvidar en su teoría del poder otros aspectos de su propia teoría de la acción no violenta y ahonde en una teoría del poder centrada sólo en aspectos de la no colaboración olvidando los métodos de protesta y persuasión destinados a romper la hegemonía ideológica por un lado y los medios de intervención no violenta que no se basan en la no colaboración por otro; sino también en la disrupción, la capacidad para interrumpir el funcionamiento del sistema y que no encajan tan claramente en la teoría del poder de Sharp. Habría que añadir además los métodos no violentos de carácter asertivo que se basan en la creación de instituciones alternativas que no encajan tampoco mucho en la teoría del consentimiento de Sharp.

Todas estas razones hacen que la teoría de Sharp sirva para ser aplicada al estudio de movimientos no violentos producidos en dictaduras; donde estas existen se utiliza la represión violenta para mantener las estructuras de poder, pero no para los sistemas de opresión en los que la violencia abierta no se utiliza tanto. También habría que tener en cuenta que estas reflexiones sobre la creación social del consentimiento (o consenso, o normalización) restan importancia a la coerción como forma de poder, porque se han diseñado teniendo en mente sociedades postindustriales en las que, sin duda, los procesos de coerción han sido sustituidos por procesos de construcción de consenso. Se puede considerar, por tanto, que, como teoría general del poder, la teoría del consentimiento de Sharp no tiene gran fuerza, pero sí la tiene como teoría de desafío a regímenes autoritarios en los cuales está más clara la división entre

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

gobernantes y gobernados y no operan tanto las restricciones estructurales a la libertad mediante la hegemonía cultural que impone el consenso. No obstante, la taxonomía, catalogación y buena parte de la reflexión estratégica ha sido sumamente útil para activistas que operan en otros contextos donde existen sistemas de poder complejos. De hecho, sus técnicas han sido ampliamente utilizadas en movimientos antisistémicos de países democráticos, aunque sus esfuerzos se hayan dirigido a dotar de herramientas de acción a activistas demócratas en dictaduras.

Una vez hecha esta valoración crítica sobre el análisis de Sharp vamos a tomar lo que nos interesa de su enfoque, principalmente su visión de los medios coercitivos y los factores que recopila para cada uno de los mecanismos para el éxito de la acción noviolenta que nos darán el punto de partida para hallar los que, según nuestra epistemología, operan en la acción noviolenta. Estos serán analizados y completados más adelante, en el capítulo relativo a los factores instrumentales relativos a la acción noviolenta, antes iremos viendo las dinámicas comunicativas y compensatorias para poder establecer una teoría de la resistencia en la que enmarcar estos factores.